

MUY GRANDE
Y BIEN GUISAO ROMANCE DE LOS CONVENIOS.

I.

NOCHE DE LUNA.

Ciudad de Guadalajara,
Emperatriz de Occidente,
Delante cuya hermosura
Sus pasos el sol detiene,
Para darte el postrer beso
Cuando entre esplendores muere,
¿Por qué gimes moribunda?
¿Por qué te quejas doliente?
¿No sabes que con tus penas
Mi alma se aflige y padece?
En vez de tus amplias calles
Y de tus casas alegres,
Por todas partes escombros
Se miran, y sangre y muerte.
La luz de la blanca luna
Como un sudario se extiende
Sobre la ciudad que llora,
Pero que finge que duerme.

II.

TREGUA A LA LUCHA.

Es la noche aterradora
Del veintinueve de Octubre

En que sucedió á la lucha
Pavor y silencio lúgubres.
Yo subido en una altura,
En mi mente hice el resumen
De aquel horrendo desastre
Con que Zaragoza ilustre
Quiso hacer triunfar su causa
Con su talento y su empuje.
Ciento veinticinco piezas
En nuestra bandera rugen,
Y la ruina y los horrores
De sus entrañas escupen.
El campo de los sitiados
Con las murallas se cubre;
Que era como un blok de piedra
Por donde no entraban luces,
Porque por las aspilleras
Como con trabajo escurren;
Pero tiene en sus entrañas
Fuerzas que al peligro acuden,
Y los osados avances,
Incontrastables destruyen.
Se hace general el fuego,
Las horadaciones crujen,
Y en las alturas la llama
Terror y muerte difunde.
Antillón con Guanajuato
A San Francisco reduce,
Mientras Güichoni esforzado
Y Valle avanzan, infunden
Valor á la brava tropa
Que ya triunfa, ya sucumbe;
Y los grandes edificios
Con horrible estruendo se hunden.
Lamadrid, Santo Domingo
Casi á cenizas reduce,
Mientras la huerta del Carmen
Y los mochos que la cubren
Cadáveres amontonan
Y el paso al contrario obstruyen.
Castillo mismo en persona
En la lucha se introduce
Y al arte y á los horrores
Desesperado recurre.
La carga á la bayoneta

Los enloquece y aturde;
 En los hondos subterráneos
 Los truenos rabiosos rugen,
 Y fuera en charcos de sangre
 El sol empañado luce.
 Mas hay un punto que erguido
 Aparece estar incólume
 Que como estrella fulgente
 En la tiniebla reluce
 Y que anunciando victoria
 Hace la batalla dure.
 La defensa es formidable,
 Y de los escombros surgen
 Intrépidos combatientes
 Que no se amedrentan ni huyen
 Y que torrentes de sangre
 De sus fusiles afluyen.
 Allí Lamadrid y Valle
 Y Alatorre reproducen
 Las mil heróicas hazañas
 Con que sus nombres se cubren.
 Pero más que todos grande,
 Sereno, tranquilo, dulce,
 El inmortal Zaragoza.
 Cual rayo de sol sin nubes,
 A sus valientes alienta,
 Orgullosos de que triunfen.
 ¡Oh! y quién pudiera los nombres
 Que aquí á mi mente no acuden
 Recordar, para sus proezas
 Ensaltar y sus virtudes.

¿Y no tendrá mi romance
 Ni flores de mis recuerdos
 Para los héroes sin nombre,
 Para los ilustres muertos
 Que con la mano en la espada
 Por nuestra causa murieron?
 Noble Pedro Echeverría,
 Talancón, Salazar fiero,
 Gaytán, Martínez, Anguiano
 Dignos de lauros eternos;
 Ortega y Campo reciban

Este mi homenaje tierno,
 Que si desnudo de encantos,
 De amor ardiente está lleno.

III.

PARLAMENTO.

Entró Doblado en mi cuarto
 Paso á paso y pensativo,
 Y después de unos instantes
 De hondo silencio, me dijo:
 «Han tocado parlamento
 «Y tu eres el elegido
 «Para arreglar pormenores
 «Que dejó en duda Castillo.»
 Y órdenes me dió secretas,
 Que aquí revelar no es lícito,
 «Aquí te entrego libranzas
 «Cuantiosas que te confío,
 «Tienes amplias facultades,
 «Sé sagaz, prudente, digno,
 «Y que queden los convenios
 «En tu entrevista expeditos.
 «Y como eres medio ciego,
 «Y como es sordo Castillo,
 «Toma esta punta de lápiz
 «Y escríbele sin ser visto
 «Aquello que consideres
 «Solamente de él sabido.»

Con fórmulas ignoradas,
 Con ceremoniosos ritos,
 Penetré dentro la plaza
 Donde esperaban cumplidos
 Un General Montenegro
 Y Cadena, hombre científico
 A quien miré como á hermano
 En el Colegio, de chico.
 Ambos fueron mi custodia,
 Mas los soldados inícuos
 Con descargas de balazos
 Se graduaban de asesinos.

Entonces los generales
 Me abrazaron como á un niño,
 En sus brazos me llevaron
 A donde estaba Castillo,
 A quien desde luego expuse,
 Aunque cauteloso y tímido,
 Brindándole cien mil pesos,
 Cuáles eran mis designios:
 Lo mismo ofrecí á Cadena
 Y sus cercanos amigos.
 Castillo rehusó orgulloso
 Y ardiendo en ira me dijo:
 «Yo por el bien de mi patria
 Quiero hacer mi sacrificio,
 Y si equivoqué, insensato,
 De su ventura el camino,
 No quiero que la deshonra
 Se encargue de mi castigo.»
 José Cadena, decente,
 Sin esfuerzo, hizo lo mismo;
 Y yo quedé de tal trance
 Abismado, sorprendido
 De encontrar tanta nobleza
 Entre aquellos enemigos.
 Y es que si bien tienen sombras
 Los políticos partidos,
 En cuanto la verdad pura
 Muestra el criterio tranquilo,
 Hay encomios á lo bueno
 Y anatemas á lo indigno.

Regresé por donde vine,
 De mi misión satisfecho;
 Y al rayar la nueva aurora
 Se firmaron los convenios
 Que á Zaragoza dejaron
 De Guadalajara dueño.

Enero 16 de 1897.

GRAN ROMANCE

DE

DOLORES Y GOZOS Y UNA DE CLAVAR EL PIÑO

BERRIOZABAL Y DEGOLLADO

El nevado de Toluca
 Parece que canta y ríe,
 Porque le halagan y alegran
 Los entusiastas festines,
 Porque mira que á Toluca
 Llegan guapos y felices
 Los bravos de Berriozábal
 Con trompetas y clarines.
 Viene desde Paredones
 Sin que ninguno le chiste;
 Y hablando en plata, esa tropa
 Desde á leguas se distingue
 Por su tiesa disciplina,
 Por su decencia al vestirse,
 Porque el que manda es honrado
 Y hay pureza en los tomines.
 Llegaba con Degollado
 El incansable en las lides
 A quien no asustan derrotas
 Ni envanecen los repiques,
 Al que González Ortega
 Envío á que se determine
 De la capital la toma
 Y el movimiento combine.
 Mas Miramon sabe todo,
 El plan de Ortega percibe,
 Y con ímpetu de rayo

Y su mirada de lince,
Rápido á embestir se apresta,
Su fuerza activo divide,
Manda que una sección pronto
Para Toluca camine
Con Cobos, tres mil soldados
Y cañones de calibre,
Y Miramón, rodeando
Con presteza indescribible,
Con cuatro mil de los suyos
A Toluca se dirige
Tomando la retaguardia,
Y ninguno le resiste.

Entre tanto, los valientes
En Celaya vencedores,
Y que en Silao se portaron
Como se portan los hombres,
Dando al jefe Berriozábal
Justos lauros y renombre,
O se solazan contentos
O con calma se disponen
A que González Ortega
Diera de nuevo sus órdenes;
Cuando el cinco de Diciembre
Repentinos y feroces
Con Negrete á la cabeza
Que desempeño era entonces
De Miramón y de Márquez,
A quienes todos conocen,
Por la calle real penetran
Introduciendo el desorden,
Atacando irresistibles
Y dominando veloces.
Los sorprendidos en vano
Con ansia á sus puestos corren;
Son vencidos; Berriozábal
A San Francisco se acoge,
Y otros suyos se hacen fuertes
En el Carmen y sus torres.
El combate fué reñido,
Y entre sus lances atroces,
A Berriozábal se admira
Por su bravura y su porte.
Sus enemigos le cercan,

Él orgulloso se impone,
Hasta que cede á la fuerza
Y prisionero le cogen;
Y así inerme, y así herido,
A Miramón desconoce;
Y Degollado y Govantes
A sus lados se le ponen
Con Farías Don Benito
Que la misma suerte corre.

En la Capital se sabe
De Toluca la derrota,
Y beben coñac los frailes
Y bailan cancán las monjas,
Atropellan su decoro
Las distinguidas matronas,
Que por ser buenas cristianas
Se olvidan de ser señoras.
A los tristes prisioneros
De dos en fondo se forman,
Y pie á tierra caminando
Rumbo de México toman.
De los jefes principales
Que en Toluca se aprisionan,
Hasta decidir su suerte
El suplicio se pregona;
De unos irritando el odio,
De los libres la congoja;
Influencias mil se desatan
Que enardecen la zozobra,
Y temores y esperanzas
Como que en el aire flotan.
Unos dicen, que de Márquez
No se apacigua la cólera,
Y quiere que se fusilen
Los presos á toda costa,
Aunque después ha vestido
Saco de misericordia.
De Miramón dicen otros
Que fué la zaña rabiosa,
Mas en nuestra mente dudas
Dejó indecisa la historia.
Pero el reloj de la muerte
Señala supremas horas,
Que de la prisión terrible

Al cadalso el trecho acortan.
 En los bravos prisioneros
 Ninguna emoción se nota,
 Ni fanfarrones se muestran,
 Ni manifiestan congojas,
 Esperando resignados
 Lo que la suerte disponga.
 Por fin, al formarse el cuadro
 Y estando lista la tropa,
 La ejecución se suspende;
 Los mochos se insurreccionan
 Y prorrumpen en injurias
 En contra los que perdonan
 Aquel triduo de bandidos
 De la humanidad deshonra.

Berriozábal, Degollado
 Y Farías con escolta
 Bien presos se les conduce
 A la capital famosa;
 Miramón es quien los cuida,
 Quien atento los coloca
 En coches, con miramientos
 Como á decentes personas;
 Y notando que la plebe
 En México se alborota,
 Y que insolente al vencido
 Injuria, con previsor
 Decencia, por excusadas
 Calles que los dos ignoran
 Se les conduce sin ruido
 Y en Palacio los aloja,
 Donde permanecen presos
 En una quietud notoria,
 Y do fáciles se ocultan
 A las miradas curiosas.

De Calpulalpan la rota
 De México abrió las puertas
 A la *chinaca* triunfante
 Y á sus heróicas banderas,
 Sellando el triunfo del pueblo
 El gran González Ortega.
 Miramón, al escaparse,
 El mando en la ciudad deja

Al ilustre Degollado,
 Y á Berriozábal entrega
 Sus omnímodos poderes
 Sin humildad ni soberbia.
 Entonces los prisioneros
 En medio al contento imperan;
 Porque esta plebe es la misma
 Que lleva palmas y perlas
 Para todos los que vencen,
 Y la fortuna camelan;
 Y que grita tole, tole,
 Cuando la fortuna adversa
 Vuelve la espalda al vencido
 Aunque laureles merezca.
 Al fin venció la Reforma
 Señalando una nueva era,
 Y con ella la victoria
 Del derecho y la conciencia,
 Que aunque tenga sus eclipses,
 Y tenga sus nubes negras,
 Y amenazas de sotanas
 Y de sables resistencias,
 Al fin brillará en los cielos
 Como sol, con pompa excelsa,
 Dejando que los retrógrados
 En el vil fango se pierdan.

Octubre 31. de 1896.

BREVE Y TREMEBUNDO ROMANCE

DE

LA BATALLA DE CALPULALPAD.

Inundando los caminos
 Y alegrando las ciudades,
 Poderosa la Reforma
 Lleva sus tropas triunfantes
 A la Capital, postrero
 Refugio de los magnates,
 Productos del matrimonio
 De la sotana y el sable.
 ¡Oh, qué bello es cuando un pueblo
 Se yergue y se siente grande!
 Infúndele la luz, vida,
 Valor respira en el aire,
 Y enanos ve á los tiranos
 Porque se siente gigante.
 A su paso coge flores
 Y de los tristes jacales
 Salen mujeres á puños,
 Ancianos y niños salen
 A ofrecer agua y tortillas
 A los soldados galantes
 Que entre músicas y vivas
 Y banderas y estandartes,
 Pasan regando contentos
 Y derramando donaires.
 Entre todos se alza Ortega
 Fogoso, activo y amable,
 Adoración del soldado,
 Encanto de las comadres,
 Y en los momentos supremos,
 Sublime por sus arranques.

Lleva diez y seis mil hombres
 De tropa y de *chinacates*,
 El todo formando pueblo,
 Que es forzoso que se empaten
 Los de la misma madera
 Sin distinciones ni clases;
 Porque aunque valgan las reglas
 De los libros *melitares*,
 Quien con la opinión no cuenta,
 Castillos hace en el aire.
 La fuerza llega contenta
 Y se le mira situarse
 En unas lomas tendidas
 Que descenden en ramales,
 Y termina una llanura
 Con la maleza cerrándose.

II

LA SALIDA.

«No cedas un solo punto,
 Hazte fuerte, Macabeo,»
 A una vez gritan con furia
 La aristocracia y el clero,
 De esos que á la lid azuzan,
 Pero que zafan el cuerpo
 Y se esconden humildosos
 A darse golpes de pecho
 Diciendo: «no hay que irritarse,
 Que así lo dispone el cielo.»
 Miramón, firme y altivo,
 Audaz, vigoroso, entero,
 Se exalta con el peligro,
 Se engrandece con el riesgo;
 Reune hasta ocho mil soldados
 Con sus piezas y armamento,
 Y resuelto, al enemigo,
 Sale arrojado al encuentro
 Para batirle en detalle
 Y obtener triunfo completo.
 Llama á los mejores jefes
 Y les señala sus puestos
 A Márquez, Vélez, Negrete,
 Que serán su desempeño.

Veinte auroras de Diciembre
 Contaba severo el tiempo,
 Cuando los bandos contrarios
 Iracundos se embistieron.
 Hay fuertes arremetidas,
 Se traban choques sangrientos,
 Manda á la caballería
 Que cargue, Miramón fiero.
 Cargan, y Ortega rechaza
 Sus ímpetus con esfuerzo;
 Los dragones vuelven caras,
 Otros se acogen huyendo
 A las banderas de Ortega
 Y otros se pierden dispersos.
 La derrota se consuma,
 Se mira regado el suelo
 De corrajes, de mochilas
 Y de parque y armamento.
 Músicas, baile, comidas,
 Se ven en los campamentos,
 Y parece que los llama
 Coqueta la hermosa México.

III

LA VUELTA.

Torna á la ciudad desierta
 Miramón y compañeros,
 A ver si logra la pluma
 Lo que no pudo el acero.
 Y ayuda pide confiado
 A Ministros extranjeros,
 Entre quienes mucho influye
 Aquel barrigón Pacheco
 Que decía con reserva
 A su sesudo Gobierno:
 «La Intervención extranjera
 Para éstos es el remedio,
 Que tratarlos como á gentes
 Es todo perder el tiempo;
 Con estos indios rebeldes
 Garrotazo y tente tieso.

Enero de 1897.

VIENTO DE REFORMA.

RUMBOSO Y PLANCHADO ROMANCE

CON

TRAMA HISTÓRICA.

I

INTRODUCCIÓN.

Se hacen rajas los tambores,
 Gritan roncás las cornetas,
 Y hasta los pinos del monte,
 Y hasta las formales bestias
 Parece que se reaniman
 Y parece que se alegran
 Con las retozonas dianas
 Que por todas partes suenan.
 Y era el campo de batalla
 Regado por donde quiera
 De cadáveres, despojos,
 Despedazadas cureñas
 Y heridos que se arrastraban
 Sobre la tierra sangrienta.
 ¡Oh campo de Calpulalpan,
 Si hablaras, cómo dijeras
 Hazañas que por lo grandes,
 Hazañas que por lo excelsas,
 Parecerían forjadas
 Por el sueño ó la quimera!
 La Reforma victoriosa
 Levantaba la cabeza

ROMANCES.—66.